

meses de su viudez. Recibió una carta
suya, cuya posdata me leyó. Estaba
invitado a acompañarle, en los térmi-
nos más formales y más afectuosos.

VI

CONCLUSIÓN

Llegamos en un día de Diciembre.
La tierra estaba cubierta de nieve y el
sol se ponía entre nubarrones violados
de matiz espléndido, pero de aspecto
melancólico. No quise estorbar las pri-
meras efusiones del corazón de ambos
amantes, e invité a Bernardo a tomar
la delantera en las cercanías de la resi-
dencia. Por otra parte, tenía necesidad
de encontrarme solo con mis pensa-
mientos en los primeros instantes. No
sin viva emoción volvía a ver aquellos
lugares en los que durante tres días
había vivido siglos.

Eché la brida de mi caballo a Bautista, que tomó el camino de las cuerdas, y entré solo, por una de las puerterillas del parque.

Despojado de flores y de verduras, aquel hermoso lugar tenía más carácter. Los abetos sombríos sacudían la escarcha sobre mi cabeza, y el ramaje de los viejos tilos cargados de rocío dibujaba sobre los paseos una bóveda formada por arcos de cristal. Hubiérase dicho que eran las naves de una catedral gigantesca, que ofrecía todos los caprichos de una arquitectura desconocida y fantástica.

Volví a encontrar la primavera en la rotonda de la biblioteca. Estaba ahora aislada de las galerías contiguas, por un sistema de vidrieras que llenaban las arcadas, con el objeto de convertirla en una especie de templado invernadero. El agua de la fuente seguía, pues, murmurando entre flores exóticas, más bellas aún que las que yo

había visto, y aquella agua corriente, cuando fuera de allí todas las aguas dormían encerradas bajo el hielo, se veía y oía con agrado.

Me costó algún trabajo decidirme a mirar a la nereida. La encontré menos hermosa que el recuerdo guardado por mí, de aquella cuya forma y rasgos me recordaba. Luego, poco a poco me puse a admirarla y a amarla, como se ama a un retrato que para nosotros reproduce, por lo menos, el conjunto y algunos rasgos de una persona querida. Hacía tanto tiempo que estaba mi sensibilidad contenida y sobreexcitada, que me deshice en lágrimas, y quedé sentado y como agobiado, en el lugar en que había visto a la que no esperaba ya volver a ver.

Un ruido de seda rozada me hizo volver la cabeza, y vi ante mí a una mujer bastante alta, muy delgada, pero de gracioso continente, que me miraba con solicitud. Por un instante, pensé en

asimilarla a mi visión; pero la obscuridad, que aumentaba rápidamente, no me permitía distinguir bien su rostro, y, por otra parte, una mujer en tontillo y faralá se parece tan poco a una ninfa del renacimiento, que me prohibí toda ilusión y me puse en pie para saludarla como a una simple mortal.

Me saludó también, vaciló un momento en dirigirme la palabra, luego se decidió, y yo me estremecí: el timbre de su voz hacía vibrar todo mi ser. Era la voz argentina, la voz sin otra análoga en la tierra, de mi divinidad. Quedé, pues, mudo e incapaz de responderle. Como ante mi inmortal, estaba embriagado y no acertaba a comprender lo que me decía.

Pareció muy turbada por mi silencio, y hube de hacer un esfuerzo para salir de aquel ridículo éxtasis. Me preguntó si no era yo el señor Justo Nivieres.

—Sí, señora—le contesté por fin;— le ruego que me dispense mi preocupa-

ción. Me encontraba algo indispuerto, me había amodorrado.

—No—repuso ella con adorable dulzura: — ¡estaba usted llorando! Esto es lo que me ha llamado la atención desde la galería, en donde aguardaba la señal de llegada de mi hermano.

—Su hermano...

—Sí, el amigo de usted, Bernardo de Aillane.

—¿Es usted entonces la señorita de Aillane?

—Felicía de Aillane, y, me atrevo a decir, su amiga también, aunque usted no me conozca y yo le vea por primera vez. Pero la estimación en que le tiene mi hermano y todo lo que nos ha escrito referente a usted, han despertado en mí una verdadera simpatía. He sentido, pues, pena e inquietud cuando le he oído sollozar. ¡Dios mío! espero que no ha sido usted herido en sus afectos de familia; si sus dignos padres, de quienes he oído también tan-

tos elogios, sufriesen un pesar, no estaría usted aquí, ¿verdad?

—A Dios gracias—respondí,—estoy tranquilo en cuanto se refiere a las personas que amo, y la pena personal que sentía ahora, está disipándose con el sonido de su voz y las dulces palabras que me dirige. Pero ¿cómo es posible que, teniendo una hermana como usted, Bernardo no me haya hablado nunca de su persona?

—Bernardo vive absorto en un afecto que no me da celos y que comprendo muy bien, pues la señora de Ionis es una hermana tierna para mí; pero ¿no ha venido usted con él? ¿cómo le encuentro aquí, solo, sin que nadie se haya dado cuenta de su llegada?

—Bernardo ha tomado la delantera...

—¡Ah! comprendo. Pues bien, dejémosles juntos un poco más; ¡tienen tantas cosas que decirse, y es su afecto tan noble, tan fraternal y tan antiguo ya! Pero acérquese a la chimenea de

la biblioteca, pues aquí hace un poco de fresco.

Comprendí que no le parecía correcto permanecer en la obscuridad conmigo, y la seguí a mi pesar. Temía ver su rostro, pues su voz me sumía en una intensa ilusión; como si mi inmortal se hubiese prestado a hablarme, en el lenguaje vulgar, de las pequeñeces del mundo de los vivos.

Había en la biblioteca fuego y luz, y pude entonces ver sus rasgos, que eran admirablemente hermosos, y me recordaban confusamente los que yo creía bien fijados en mi memoria. Pero a medida que la examinaba con tanta atención como me permitía dejarlo notar el respeto, reconocí que las tres imágenes, la nereida, el fantasma y la señorita de Aillane se confundían en mi cabeza, sin que me fuese posible aislarlas para dar a cada una la parte de admiración que le correspondía. Eran el mismo tipo, de esto estaba bien seguro;

pero no podía ya comprobar las diferencias, y me apercibía, con espanto, de la incertidumbre de mi memoria en cuanto a la sublime aparición. Había pensado demasiado en ella, había creído demasiado que volvería a verla, y sólo me la representaba ya a través de una nube.

Y además, al cabo de algunos instantes, olvidaba aquella ansiedad para no ver más que a la señorita de Aillane, hermosa como la más pura y la más elegante de las ninfas de Diana, y tan ingenuamente afectuosa conmigo como un niño que se confía a un rostro simpático. Había en ella una castidad, por así decirlo, radiante, un adorable abandono del corazón sin ningún pensamiento de coquetería; nada de las maneras siempre algo reservadas, de una joven de la nobleza al hablar a un burgués. Parecía que fuese yo un pariente, un amigo de la infancia, con quien ella reanudaba el trato después de algunos

años de separación. Su mirada límpida no tenía el fuego concentrado de la de la señora de Ionis. Era una luz serena como la de las estrellas. Impresionable y nervioso como había llegado a serlo a consecuencia de tantas noches de insomnio y exaltación, sentíame como rejuvenecido, reposado, refrescado deliciosamente bajo aquella benigna influencia.

Ella me hablaba sin arte y sin pretensión, pero con distinción natural y rectitud de juicio que revelaban una educación moral muy por encima de la que por entonces se consideraba suficiente para las mujeres de su rango. No tenía ninguno de sus prejuicios, y aceptaba las conquistas del espíritu filosófico que nos arrastraba a todos, sin darnos cuenta de ello, hacia una nueva era, con una buena fe angélica, y aun con cierta pasión de niña generosa.

Pero, sobre todo, tenía el encanto irresistible de la dulzura, que desde el

primer momento se apoderó de mí, sin que tratase de preservarme del mismo, sin que me acordase de que en el secreto de mi alma había pronunciado una especie de voto monástico que me consagraba al culto del intangible ideal.

Hablóme con abandono de las penas y de las alegrías de su familia, del papel que yo había desempeñado en las peripecias de aquellos últimos tiempos y del reconocimiento que creía deberme por la manera con que había hablado a Bernardo del honor de su padre.

—¿Sabe usted, entonces, todo esto? —le dije con enternecimiento.—¿Debe usted apreciar cuánto me costaba tener que combatirles!

—Todo lo sé—me dijo,—hasta el duelo que ha estado a punto de tener con mi hermano. ¡Ay! toda la culpa era suya; pero es de los que se levantan mejores después de una falta, y de entonces data su estimación para con usted. Mi padre, a quien los negocios

han retenido en París estos últimos tiempos, pero que volverá pronto, tiene grandes deseos de decirle que de aquí en adelante le considera como a uno de sus hijos. Usted le cobrará afecto, estoy segura; es un hombre de un espíritu superior y de un carácter a la altura de su espíritu.

Mientras hablaba así, el ruido de un coche y los ladridos de los perros, fuera de la casa, le hicieron saltar sobre su silla.

—¡Es él!—exclamó,—apuesto a que es él quien llega! Venga usted conmigo a su encuentro.

La seguí lleno de embriaguez. Había puesto la antorcha en mis manos y corría delante de mí tan esbelta y tan ligera, que no hubiera podido concebirse por escultor alguno, un ideal más puro de ninfa y de diosa. Yo me había habituado ya a ver a este ideal vestido a la moda de mi tiempo. Su indumentaria era, por otra parte, de un gusto y

sencillez exquisitos, y quise ver también en el color tornasolado de su traje de seda, que era un blanco mate con reflejos de verde tierno, una relación simbólica.

—El señor Nivieres—dijo, mostrándome a su padre tan pronto como le hubo besado con efusión.

—¡ Ah! ¡ ah! —respondió éste, en un tono que me pareció singular y me hubiera turbado si al mismo tiempo no me hubiese tendido las dos manos con cordialidad no menos sorprendente:— no le extrañe la satisfacción que tengo en verle; es usted amigo de mi hijo, y, por consiguiente, mío, y sé por él todo lo que usted vale.

Acudieron la señora de Ionis y Bernardo; encontré a Carolina embellecida por la felicidad. Algunos momentos después estábamos todos reunidos alrededor de la mesa, con el padre Lamyre, que había llegado por la mañana, y la buena Ceferina, que había cerrado

los ojos a la viuda de Ionis algunas semanas antes, y que vestía de luto como todas las personas de la casa. Los de Aillane, siendo parientes de los de Ionis sólo por alianza, estaban dispensados de una formalidad que, en ellos, sólo hubiera podido parecer un acto de hipocresía.

La cena no fué ruidosa. Era preciso abstenerse, delante de los criados, de toda alegría y expansión, y la señora de Ionis sentía tan bien las conveniencias de su estado, que se contenía sin esfuerzo y mantenía a sus huéspedes en el mismo diapasón. El más refractario a la gravedad era el padre Lamyre. No podía desprenderse de la costumbre de canturrear dos o tres coplas, a través de la conversación, a modo de resumen filosófico.

A pesar de esta especie de sujeción, la alegría y el amor estaban en la atmósfera de aquella casa, en la que nadie podía razonablemente dolerse de

la pérdida del señor de Ionis, y en la que la estrecha mentalidad e insignificancia de sentimientos de la viuda habían dejado un vacío muy pequeño. Respirábase allí un perfume de esperanza y de delicada ternura que me penetraba y que, con sorpresa mía, no me daba tristeza, a mí, que me había consagrado a la soledad eterna.

Es cierto que desde mi amistad con Bernardo, marchaba rápidamente hacia la curación. Su carácter lleno de iniciativa me había arrancado de buen o mal grado a mis hábitos de tristeza. Al arrancarme también mi secreto, me había substraído a la funesta tendencia que me inclinaba hacia el desprendimiento de todas las cosas.

—Un secreto sin confidente, es una enfermedad mortal—me había dicho.

Y me había oído divagar sin notar, al parecer, mi locura: tan pronto había parecido compartirla, como me había presentado hábilmente dudas, que

fueron penetrándome. Llegué a creer, las más de las veces, que, salvo el hecho inexplicable del anillo, mi imaginación lo había creado todo, en mis aventuras fantásticas.

Encontré en el señor de Aillane toda la superioridad de corazón y de inteligencia que sus hijos me habían anunciado. Me demostraba una simpatía a la que yo correspondía con toda mi alma.

Nos separamos lo más tarde posible. En cuanto a mí, cuando a media noche, la señora de Ionis dió la señal del descanso general, experimenté un sentimiento de dolor, como si desde un ensueño delicioso cayese en la insípida realidad. Había invertido, en mí, durante tanto tiempo, la noción de la vida, tomando ésta por el sueño, y el sueño por la realidad, que al volver a encontrarme solo, aquel disgusto era, a mis propios ojos, una especie de prodigio súbito, que trastornaba todo mi ser.

Ciertamente, no hubiera querido admitir aún la idea de que podía amar; pero es verdad que, sin creerme enamorado de la señorita de Aillane, sentía por ella una amistad extraordinaria. No había cesado de mirarla a hurtadillas en los momentos en que no me dirigía la palabra, y cuanto más me iniciaba en su belleza, de líneas algo extrañas, más me convencía de que volvía a encontrar el efecto producido en mí por el fantasma adorado; sólo que ahora era una fascinación más dulce que me llenaba moralmente de inaudito bienestar. Aquella fisonomía límpida inspiraba una confianza absoluta y algo que era ardientemente tranquilo, como la fe.

Bernardo, que no tenía más deseos de dormir que yo mismo, charló conmigo hasta las dos de la madrugada. Estábamos alojados en la misma habitación, no ya el cuarto de las damas ni tampoco el que yo había ocupado

al estar enfermo, sino una hermosa estancia decorada según el gusto de Boucher, con las más rosadas y sonrientes imágenes. No se había tratado ya de las damas verdes, como si nunca se hubiese oído hablar de ellas.

Sin dejar de hablarme de su adorada Carolina, Bernardo me preguntó qué opinión había formado de su hermana Felicia. No supe de momento cómo contestarle. Temía decir demasiado, o muy poco. Salí del paso preguntándole, a mi vez, por qué me había hablado tan poco de ella.

—¿Es posible—le dije—que la quiera usted menos de lo que ella le quiere?

—Sería—contestó—un animal raro si no adorase a mi hermana. Pero se encontraba usted tan absorto en ciertas ideas, que ni siquiera me hubiera escuchado si le hubiese hecho su elogio. Y además, dada la situación en que estábamos, en que por desgracia estamos aún, mi hermana y yo, no era muy con-

veniente que pareciese proponérsela a usted.

—¿Y cómo hubiera podido parecer que usted me dispensaba un honor semejante?

—¡Ah! es que hay una circunstancia singular, de la que he estado muchas veces a punto de hablarle, y que, ciertamente, usted ha notado ya: la semejanza sorprendente de Felicia con la nereida de Juan Goujón, de la que estaba usted prendado hasta el punto de prestar sus rasgos a su fantasma.

—¡Es decir que no me equivocaba! —exclamé—¿la señorita de Aillane se parece, mejorándola, a esta estatua?

—¡Mejorándola!..... ¡gracias por ella! Pero bien ve usted que esta semejanza le impresiona; he aquí por qué me he abstenido de señalársela por anticipado.

—Comprendo que haya usted temido sugerirme pretensiones... ¡que no puedo tener!

—He temido que se enamorase de una joven que no puede pretender a usted; he aquí, mi querido amigo, todo lo que he temido. Mientras no sea conocida la situación de fortuna de la señora de Ionis, debemos considerarnos como si estuviésemos en la miseria. El padre de usted y el mío temen que el marido se lo haya comido todo, y que el nombramiento de legataria universal sea sólo una broma pesada. En este caso, jamás aceptaremos la fortuna que nos quiere ceder, y a la que, por lo demás, nuestros derechos son discutibles, como usted sabe. No por eso dejaré de casarme con ella, puesto que nos amamos; pero será sin consentir en que me reconozca por contrato el menor haber. Entonces, mi hermana, sin ningún género de dote—pues mi mujer no sería bastante rica para dárselo, ni Felicia sufriría nunca que se privase de algo por ella,—está decidida a hacerse religiosa.

—¿Religiosa ella? ¡Nunca! Bernardo, ¡usted no debe consentir jamás en semejante sacrificio!

—¿Y por qué, mi querido amigo?— dijo con un sentimiento de tristeza y de orgullo que comprendí.—Mi hermana se ha educado en esta idea y hasta ha mostrado siempre afición al retiro.

—¡No piense usted en ello! Es imposible que una persona tan cumplida no se digne consentir en hacer la felicidad de un hombre honrado; ¡es más imposible aún que no se encuentre un hombre honrado para implorar de ella esta felicidad!

—¡No digo que no haya de ser quizás así! Es cuestión que el porvenir resolverá, tanto más, en cuanto que si la señora de Ionis queda poseedora de alguna riqueza, no tendré escrúpulos en dejarla dotar a mi hermana en un límite reducido, pero suficiente a la modestia de sus gustos. Sólo que no sabemos aún nada, y en todo caso, no

me hubiera estado bien decirle a usted: «Tengo una hermana encantadora que realiza su ideal...» Esto hubiera sido decirle: «¡Piense en ello!...», esto hubiera sido echarle encima una joven demasiado altiva para consentir en entrar nunca en una familia más rica que ella, por la puerta de la exaltación de un joven poeta. Ahora bien: el razonamiento que he hecho, sigo haciéndolo, y muy seriamente le ruego, mi querido amigo, que no repare mucho en la semejanza de mi hermana con la nereida.

Guardé silencio por un momento; luego, sintiendo, a pesar mío, que esta recomendación me turbaba más de lo que yo mismo hubiera esperado, le dije con brusca sinceridad:

—Entonces, mi querido Bernardo, ¿por qué me ha traído usted aquí?

—Porque creía que mi hermana se había marchado. Debía reunirse en Tours con mi padre, que tampoco pensaba venir aquí en toda esta quincena.